

Collins, W., *La dama de blanco*, (frag.)

La mañana era nublada y ventosa; las bruscas alteraciones de luz solar y sombra en la superficie del lago hacían el paisaje aún más salvaje, fúnebre y tormentoso.

—Hay gentes que llamarían a esto pintoresco —dijo sir Percival, señalando con su bastón a medio terminar el vasto panorama—. Yo lo califico de mancha denigrante en la finca de un caballero. En tiempos de mi bisabuelo el lago llegaba hasta aquí. ¡Vedlo ahora! No tiene ni cuatro pies de profundidad y está cuajado de charcos y lodazales. Me gustaría poder secarlo y rellenarlo. Mi mayordomo (un idiota supersticioso) me asegura que el lago está maldito, lo mismo que el mar Muerto. ¿Qué opina usted, Fosco? Este sitio parece a propósito para un asesinato, ¿verdad?

—¡Mi buen Percival! —protestó el conde—. ¿Dónde ha dejado su lógica británica? No hay profundidad suficiente para que el cuerpo permanezca oculto, y la arena está por todas partes, así que quedarían las huellas de los asesinos. Éste es el peor lugar que mis ojos hayan visto para cometer un crimen.

—¡Tonterías! —dijo sir Percival clavando con furia la navaja en su bastón—. Ya sabe usted lo que quiero decir. Me refiero a la soledad de estos lugares, al escenario tenebroso. Si quiere entenderme, bueno, y si no quiere, no pienso molestarle en dar más explicaciones.

—¿Por qué no —preguntó el conde— cuando su idea puede explicarla cualquiera en dos palabras? Si el asesinato fuera a cometerlo un necio, escogería este lago antes que nada; mas si el asesinato intentara cometerlo un hombre inteligente, sería éste el último lugar que escogería. ¿Es esa su idea? Si lo es, ya tiene usted la explicación adecuada. Acéptela, Percival, con el beneplácito de su buen amigo Fosco.

Laura contemplaba al conde dejando traslucir en su rostro su falta de simpatía por él. Fosco estaba ocupado con sus ratones y no se daba cuenta de ello.

—Lamento que el lago y sus alrededores puedan relacionarse con una idea tan horrible como la de un asesinato —dijo—, y si el conde Fosco divide a los asesinos en dos clases he de decir que la elección de las palabras ha sido muy desafortunada. El calificarlos sólo de necios me parece demostrar una indulgencia que no merecen. Y al hacerlo de inteligentes me parece que incurre en una manifiesta contradicción. Siempre he oído decir que los hombres realmente inteligentes son también buenas personas y aborrecen el crimen.

—Querida señora —dijo el conde—, éstos son sentimientos admirables y los he visto estampados como modelos en los cuadernos de caligrafía.

Levantó una mano con un ratoncito sentado en su palma y se dirigió al animal con su habitual grandilocuencia:

—Mi querido y encantador ratoncito, mi blanco bribonzuelo —le dijo—, he aquí una lección de moral para ti: un ratón realmente sabio es un ratón realmente bueno. Ten la bondad de comunicárselo a tus compañeros y no volváis a roer las barras de vuestra jaula en vuestra vida.

—Es muy fácil ridiculizar las cosas —dijo Laura resueltamente—, pero no le será a usted tan fácil, conde Fosco, ponerme el ejemplo de un hombre sabio que haya sido un gran criminal.

El conde encogió sus anchos hombros y sonrió a Laura del modo más amigable.

—¡Exacto! —dijo—. El crimen de un necio es el que se descubre, y el crimen de un hombre inteligente es el que no se descubre jamás. Si pudiera ponerle un ejemplo no podría ser por tanto el de un criminal inteligente. Querida lady Glyde, no puedo hacer frente a su perfecto sentido común inglés. Esta vez el jaque mate ha sido para mí, ¿verdad, señorita Halcombe? Ja, ja...

—Laura, prepara tus baterías —dijo con sorna sir Percival, que había escuchado el diálogo desde la puerta—. Dile ahora que el criminal se delata a sí mismo. Fosco, aquí tiene usted otra porción de moral sacada de los libros de

caligrafía. El criminal se delata a sí mismo. ¡Qué infernal patraña!

—Yo creo que eso es verdad —dijo Laura muy serena.

Sir Percival soltó una carcajada tan estruendosa, tan zahiriente, que a todos nos dejó desconcertados, y al conde Fosco más que a ninguno.

—Yo también lo creo —dije, acudiendo en auxilio de Laura.

Sir Percival, que se había mostrado indescriptiblemente divertido con la observación de su mujer, pareció indignarse en la misma proporción con la mía. Tiró al suelo con rabia el bastón que acababa de hacer y se alejó de nosotros.

—¡Pobre, querido sir Percival! —dijo el conde, siguiéndolo con una mirada burlona—. Es víctima del despecho inglés. Pero mis queridas lady Glyde y señorita Halcombe, ¿ustedes creen realmente que el criminal se delata a sí mismo? Y tú, ángel mío, ¿crees también eso? —continuó dirigiéndose a su mujer, que no había pronunciado una palabra hasta entonces.

—Espero a estar más enterada —replicó la condesa en tono de cortante censura, dirigida sin duda a Laura y a mí— para decidirme a dar mi opinión ante caballeros tan bien informados.

—¿Es cierto eso, condesa? —dije yo—. Recuerdo muy bien los tiempos en los que usted abogaba por los derechos de las mujeres, y uno de ellos era el derecho a la libertad de opinión femenina.

—¿Cuál es su punto de vista en este asunto, conde? —dijo la condesa dirigiéndose a su marido sin hacerme caso y volviendo a liar sus cigarrillos tranquilamente.

El conde, antes de contestar, acarició pensativo a uno de sus ratoncitos con su orondo meñique.

—Es realmente asombroso —dijo al fin— ver la facilidad con que la sociedad se consuela a sí misma de sus peores defectos recurriendo a unas cuantas frases altisonantes. La maquinaria que utiliza para descubrir los crímenes es miserable en su ineficacia, pero se inventa un epigrama moral que dice que funciona bien y se consigue con ello cegar a todo el mundo para que no vea sus errores. Los delincuentes se delatan a sí mismos, ¿no es

eso? Y el asesinato siempre se descubre (otro epigrama moral), ¿no es así? lady Glyde, pregúntele usted al comisario que investiga crímenes en una gran ciudad si esto es verdad. Pregúntele usted, señorita Halcombe, a cualquier oficinista de cualquier compañía de seguros si es esto cierto. Lea usted los periódicos. En los pocos casos de que dan cuenta, ¿no se ven ejemplos de cadáveres encontrados y de asesinos desaparecidos? Añada a los casos de los que se informa a la policía aquellos de los que no se informa, y a los cuerpos que se encuentran aquellos que no se encuentran, y ¿a qué conclusión llegamos? A ésta: que existen delincuentes necios que se dejan descubrir y criminales inteligentes que escapan. ¿Qué decide que un delito quede oculto o se descubra? El reto que se establece entre la policía por un lado y el individuo por el otro. Cuando el criminal es un necio, bruto e ignorante, gana la policía en nueve casos de diez. Cuando el criminal es una persona resuelta y educada, con inteligencia despierta, pierde la policía en nueve de diez. Si la policía gana, habitualmente todos se enteran. Si la policía pierde, normalmente ustedes no se enterarán de nada, y sobre esta precaria base erigen ustedes su cómoda máxima moral de que el criminal se delata a sí mismo. En efecto... cuando se trata de crímenes de los que ustedes saben. Pero ¿y el resto?

—¡Eso es diabólicamente cierto y está muy bien expuesto! —gritó una voz a la entrada de la caseta.

Sir Percival había recobrado su ecuanimidad y había vuelto mientras escuchábamos al conde.

—Algo de eso puede ser cierto —dije yo—, y puede estar muy bien expuesto. Pero lo que no llevo a comprender es por qué el conde Fosco celebra con tal exultación el triunfo del criminal sobre la sociedad, ni por qué sir Percival aplaude con tanto entusiasmo su defensa.

—¿Lo oye, Fosco? —preguntó sir Percival—. Siga usted mi consejo y haga las paces con su auditorio. Dígales que la virtud es admirable. Le garantizo que eso les gustará.

El conde prorrumpió en una risa silenciosa, y dos o tres ratoncitos blancos que se paseaban por su chaleco, alarmados por las violentas convulsiones de la superficie

bajo sus patas, se dieron a la fuga para refugiarse, empujándose unos a otros, en su jaula.

—sir Percival, son las señoras las que deben explicarme lo que es la virtud —dijo—. Están más autorizadas que yo para ello, porque saben qué es la virtud y yo no.

—¿Lo están oyendo? —dijo sir Percival—. ¿No es espantoso?

—Es cierto —dijo el conde, tranquilo—. Soy un ciudadano del mundo, y me he tropezado con tantas clases de virtudes que no podría decir, a pesar de mi avanzada edad, cuál es la verdadera virtud y cuál la falsa. Aquí, en Inglaterra, existe un concepto de lo virtuoso, y en China existe otro diferente. Y el John inglés dice: mi virtud es la auténtica. Y el John chino dice: mi virtud es la auténtica. Y yo le digo sí a uno, o no al otro, y estoy tan desorientado respecto a lo que me dice el John que lleva polainas como a lo que me dice el John que lleva coleta. ¡Ratoncito mío, querido ratoncito, ven y dame un beso! ¿Cuál es tu opinión particular sobre el hombre virtuoso, mi pre-pre-precioso? El hombre que te tenga caliente y te dé mucha comida. También es un buen concepto pues es, cuando menos, comprensible.

—Escuche un momento, conde —lo interrumpí—. Si aceptamos sus teorías, en Inglaterra poseemos por lo menos una virtud indiscutible de la que carecen los chinos. Las autoridades chinas matan a millares de inocentes con pretextos tan frívolos como horrendos. Los ingleses estamos libres de semejantes culpas, nosotros no cometemos esos crímenes tan monstruosos y aborrecemos con toda el alma derramar sangre.

—Muy bien, Marian —dijo Laura—. Bien pensado y bien dicho.

—Por favor, permitan al conde que continúe —dijo madame Fosco con severa cortesía—. Ya verán ustedes, mis jóvenes amigas, que él jamás habla sin tener excelentes razones para ello.

—Gracias, ángel mío —contestó el conde—. ¿Quieres un bombón? —y sacando de su bolsillo una preciosa cajita con incrustaciones llena de dulces, la puso abierta sobre la mesa—. *Chocolat à la Vanille* —anunció este hombre

impenetrable, sacudiendo alegremente la caja con confianza y haciéndonos reverencias—, ofrecido por Fosco en homenaje a esta deliciosa compañía.

—Conde, tenga la amabilidad de continuar y conteste a la señorita Halcombe —dijo su esposa, pronunciando mi nombre con malicia.

—No tengo respuesta para la señorita Halcombe —replicó el exquisito italiano—; mejor dicho, no puedo responderle a lo que acaba de decir. ¡Sí! Estoy de acuerdo con ella. John Bull aborrece los crímenes de John el chino, pues ese anciano caballero es muy rápido en descubrir los defectos de sus vecinos y muy lento para conocer los suyos, aunque hayan dejado su huella sobre la faz de la Creación. ¿Es mejor el que procede de este modo que aquellos a quienes condena por proceder a su manera? La sociedad inglesa, señorita Halcombe, es muchas veces cómplice del crimen tal como otras es su enemigo. ¡Sí, sí! En este país el crimen es lo mismo que en otros, a veces buen amigo de un hombre y de los que lo rodean, a veces su enemigo.